

Freud ¿Terapeuta o Filósofo?

S. Lebovici (*)

Descriptores: TEORIA PSICOANALITICA / PSIQUIATRIA / FREUD, SIGMUND / RESEÑA CONCEPTUAL.

La captación de la obra de Freud por la filosofía es un movimiento observado probablemente en todos los países, pero especialmente en Francia. Coincide con el cuestionamiento hecho por los propios psicoanalistas, de la tendencia que se podría llamar psiquiatría psicoanalítica. En efecto varios psicoanalistas, aquellos precisamente que pretenden no interesarse en el carácter curativo de la cura psicoanalítica, cuestionan la acción de sus colegas en los servicios psiquiátricos en que colaboran o que dirigen. Al mismo tiempo, muchos de los que han realizado un aprendizaje en el campo de las ciencias del hombre, los psicólogos, sociólogos, antropólogos, y demás representantes de profesiones análogas, pretenden ejercer una acción psicoterápica de inspiración analítica. Pero niegan al mismo tiempo la necesidad de beneficiarse de una formación analítica, tal cual se dispensa en los Institutos de psicoanálisis vinculados a la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Me parece, por lo tanto, que esta situación histórica del psicoanálisis en su desarrollo, se caracteriza, en Francia por lo menos, por el desconocimiento de la historia del movimiento psicoanalítico, de su influencia y de su alcance real, así ciertamente por una verdadera distorsión del conocimiento de la obra de Freud.

Estudiaré evidentemente ante todo lo que se observa en Francia, en donde la tendencia sería más bien actualmente la captación del psicoanálisis por la filosofía y el rechazo de su alcance terapéutico. Pero el exceso contrario es observado en los países de América del Norte, donde el psicoanálisis tiende quizás, al menos en algunos de sus aspectos, a disolverse en una acción psicoterapéutica que utiliza probablemente conceptos extraídos del psicoanálisis, sin recurrir al conjunto de su doctrina. Así la visita de cierto número de servicios norteamericanos o canadienses nos pone en contacto con jóvenes psiquiatras que han recibido o no formación psicoanalítica, pero que de todas maneras practican psicoterapias psicoanalíticas bajo la supervisión de psicoanalistas; al revés de lo que se observa en Francia, el trabajo psicoanalítico se disuelve en una psicoterapia en donde es difícil detectar su origen. Aquí nos enfrentamos a lo que había previsto Freud cuando decía que el psicoanálisis sólo podía extenderse a la masa a condición de ligar el vil plomo de la sugestión con el oro puro

* Dirección: 3 Av. du Président Wilson. París, 16º, Francia.

de la interpretación.

No es quizás inútil volver aquí sobre la historia del movimiento psicoanalítico en Francia. Se sabe, según se ha leído en **“Mi vida y el psicoanálisis”**, que el psicoanálisis ha penetrado difícilmente en Francia en los medios psiquiátricos. Fue primero a través del interés de los círculos surrealistas que Freud fue conocido en nuestro país. Las traducciones de Freud se publicaron más bien tardíamente. La Sociedad Psicoanalítica de París fue fundada en 1927 y la historia de las relaciones de Freud y Laforgue nos muestra que sus vicisitudes no fueron pocas. Es así que Laforgue no quiso en primera instancia poner el nombre de Freud en la portada de la Revista Francesa de Psicoanálisis, para no indisponer a los lectores. Si a eso agregamos que las traducciones de Freud en francés dejan a menudo mucho que desear y que en particular aquellas que no fueron hechas por psicoanalistas contienen evidentes contrasentidos o falsos sentidos, sobre los cuales han insistido los traductores actuales, vemos cómo la obra de Freud sólo pudo penetrar con enormes dificultades en el medio psiquiátrico y en el medio filosófico, al menos hasta antes de la Segunda Guerra Mundial.

En esa época el pasaje de aquellos que habían tenido que abandonar Alemania debido al régimen hitleriano, tuvo al menos una influencia bastante decisiva, ya que cierto número de jóvenes psiquiatras desearon entonces adquirir una formación psicoanalítica. Este primer núcleo era evidentemente llevado por una vocación innata, y tuvo una influencia decisiva sobre el porvenir del movimiento psicoanalítico francés luego de la Segunda Guerra Mundial.

Puede decirse, sin correr el riesgo de ser demasiado esquemático, que el desarrollo del psicoanálisis, su institucionalización mediante la creación de un Instituto de Psicoanálisis, reflejaba la integración del psicoanálisis en el desarrollo de la psiquiatría en Francia. Ya desde esa época, numerosos jóvenes psiquiatras deseaban recibir una formación psicoanalítica que estuviera cada vez mejor codificada y que, para algunos, constituía lo esencial de la enseñanza que recibían, al menos en materia de conocimiento dinámico de la psiquiatría. Poco a poco numerosos psiquiatras con formación psicoanalítica penetraron en los servicios psiquiátricos, y algunos de ellos fueron colocados al frente de estos servicios o de servicios más modernos que contribuyeron a fundar y cuya organización, teniendo en cuenta los datos teóricos del psicoanálisis, ayudaron a poner en marcha.

Pero el movimiento psicoanalítico francés, en pleno desarrollo, sufrió cierto número de escisiones, que se pretendieron todas inspiradas por la necesidad de volver a Freud. Se sabe probablemente el éxito que tuvo en los medios filosóficos, y en menor grado en los psiquiátricos, la teoría que apela al estructuralismo y que fue inspirada por Lacan. Nuestra intención no es aquí la de discutir esta teoría, sino la de recordar que se inscribe en la tendencia que destaca el alcance filosófico de la obra de Freud, y que constituye por lo tanto una verdadera desviación de su real dimensión. En otras palabras: no compartimos la Opinión de quienes pretenden que el psicoanálisis tiene sólo, un interés teórico. ¿Cuántos psiquiatras que no niegan ser enemigos del psicoanálisis pretenden al mismo tiempo no haberle comprobado nunca ningún efecto terapéutico? Sin embargo consideran o por lo menos así lo dicen, que el psicoanálisis tiene un gran interés teórico.

También sabemos, y volveré sobre esto, que Freud desconfió siempre del deseo

de curar. Recordó más de una vez que tal deseo disimulaba una contra-transferencia megalomaniaca. El paciente mejora mediante una toma de conciencia, y el psicoanalista puede ayudarlo en esto mediante el conocimiento. El tratamiento psicoanalítico ofrece pues a quien busca curación y a quien quiere ayudarlo en esta búsqueda, una especie de “a posteriori”. Pero hoy en día se nos ofrece a menudo una caricatura de esta actitud. Aquellos que apelan al estructuralismo consideran que el psicoanalista no es más que un porta-espejo que el paciente puede encontrar por casualidad, y en donde puede tomar el status de sujeto, viéndose en el espejo que le alcanza el psicoanalista. Este no tiene otra misión que mostrar la planificación de la estructura que, comparada a la del lenguaje, gobierna la vida de nuestro inconsciente. Este, que se trasmite intemporal y misteriosamente, da al paciente el status de sujeto sólo en el marco de esta experiencia en que se coloca frente al psicoanalista porta-espejo. No nos parece que semejante experiencia signifique un retorno a Freud, sino más bien un envenenamiento y una distorsión fundamental de su obra.

En el terreno práctico, es fácil recordar que Freud señaló que el tratamiento psicoanalítico convenía a ciertos pacientes y a otros no. Oponía por ejemplo a neurosis de transferencia, neurosis clásicas que tiende a combatir el psicoanálisis, a las neurosis narcisistas, cercanas de la esquizofrenia y para las cuales pensaba que el psicoanálisis no era indicado. Por supuesto que esta concepción ha variado y la experiencia de las psicosis ha demostrado que a éstas puede aplicarse el psicoanálisis, Sin embargo esta evocación de la lectura de Freud muestra que éste preconizaba que se Plantearan indicaciones y contraindicaciones a la cura psicoanalítica. Es lo que todavía creemos, aunque éstas se hayan depurado enormemente desde los escritos freudianos. Por supuesto que quienes no se preocupan por el interés terapéutico del Psicoanálisis no plantean indicaciones y contraindicaciones al tratamiento.

Para ellos es suficiente que éste sea pedido para ser aceptado, puesto que el tratamiento psicoanalítico no tiene otra ambición que la de restituir la verdad de la palabra para volverse una interpretación en el sentido estricto del término.

Frente a esta tendencia proponemos que se vuelva a la lectura de Freud a la que vamos a dedicarnos. Muy esquemáticamente se podía estudiar su obra en el doble plano de sus referencias filosóficas y científicas. Es inútil recordar que Freud fue primero médico. Se sabe en qué condiciones hizo interesantes estudios en el campo de la neuropatología y la neurohistología. Fue como médico que vino a París a pasar un año decisivo en el servicio de Charcot. Su interés por la terapéutica de la histeria lo puso en condiciones de dar una elaboración teórica decisiva a los tratamientos hechos y relatados por su maestro y amigo Breuer. Finalmente, la “**Introducción al Psicoanálisis**”, que corresponde a una feliz y decisiva modificación de la hipnoterapia, tenía por finalidad esencial la terapéutica de los estados neuróticos. Desde este punto de vista, los escritos clínicos de Freud, agrupados en Francia bajo el título “**Cinco Psicoanálisis**”, tienen una influencia decisiva sobre la obra teórica. Se podría decir que la lectura de “El hombre de los lobos” es la de la obra principal y piedra angular del psicoanálisis. Se refiere a las condiciones del nacimiento de la neurosis y a las condiciones de la reconstrucción psicoanalítica. Las relaciones entre Edipo y el erotismo anal son evocadas con sumo cuidado y precisión. Esto es sólo para recordar que en su conjunto la obra de Freud se construye a partir de la clínica y constituye una elaboración inductiva, de acuerdo con los procedimientos habituales de la medicina y de las ciencias del hombre. El proceso va **de la práctica a la teoría psicoanalítica**.

En esta misma perspectiva, la obra teórica de Freud se basa enteramente en

hipótesis neurobiológicas y psicofisiológicas. Es fácil mostrar en efecto, tal como se ve ya en su **“Proyecto para una psicología científica”**, incluido en los textos presentados a su amigo Fliess, que Freud ha sido movido siempre por la idea de encontrar los principios del funcionamiento económico en psicología.

Se trataba para él de aplicar al hombre la ley del menor desgaste energético, que parece gobernar el funcionamiento de todos los organismos animales. Esto lo llevó a estudiar las pulsiones en su representación y sus vicisitudes. El funcionamiento del Psiquismo humano se caracteriza en efecto, en toda la obra de Freud, por la búsqueda del menor displacer, es decir por la introducción de los sistemas secundarios que evitan las consecuencias de la no descarga pulsional. Es en esta perspectiva que Freud ha repetido más de una vez que el psicoanálisis estaba construido sobre el suelo biológico, que las pulsiones eran un concepto intermediario entre la biología y la psicología, que las bases del yo eran corporales, etc. Asimismo, Freud trató constantemente, en todas sus elaboraciones teóricas, de utilizar conceptos científicos, al menos aquellos de que podía disponer en la época en que escribía su obra. Eso se ve a todos los niveles. Por ejemplo en “Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad”, se ve a Freud describir la fase oral a partir de los datos de la observación directa del “chupeteo”, tal cual habían sido evidenciados por Lindner. También toda la idea de la bi-sexualidad biológica le fue proporcionada por sus relaciones con Fliess, que era un ferviente adepto de esta teoría, a la que daba un valor casi religioso. Pero es constante la referencia hecha a obras científicas. Se ve por ejemplo en “Tótem y tabú”, en donde Freud utiliza las referencias más discutibles de Darwin y Frazer. Si bien utilizó estas referencias con una finalidad bastante contradictoria. Por un lado se trataba de dar cierto valor a las comprobaciones hechas en el transcurso del psicoanálisis de los neuróticos; por otro lado, de fortalecer esas hipótesis de las ciencias anexas, porque Freud siempre pensó, sin ir tan lejos como Ferenczi en “Thalassa”, que la cura de los neuróticos permitía remontarse a los orígenes de la humanidad. Se sabe también cómo sufrió Freud debido a su formación médica y que sostuvo enérgicamente la posibilidad, para quienes no eran médicos, de practicar el psicoanálisis. En este sentido no dejaremos de destacar el gusto de Freud por filosofar. Esto aparece ya en la correspondencia de Freud con su novia, en las primeras cartas en que le cuenta sus primeros éxitos en la clase de filosofía y su vocación errada. Con Fliess, cuando por primera vez utiliza la palabra metapsicología, dirá que quiere distraerse, divertirse, pero que no está forzosamente apegado a los datos teóricos que elabora en ese sentido. Hay que reconocer sin embargo que a partir de 1920 y en particular a partir del momento que Freud estuvo gravemente enfermo, su gusto por la teorización se desarrolló enormemente. Llama poderosamente la atención en este sentido la introducción de la noción del instinto de muerte y de la oposición entre Eros y Thanatos.

Nuestra tesis será que la lectura de Freud debe ser llevada como un todo, a lo largo de la trayectoria de la vida del creador del psicoanálisis, y que no se puede renunciar a la tendencia terapéutica en beneficio de la tendencia meta-psicológica, pero que esta dimensión metapsicológica es sin embargo indispensable.

Es por eso que trataremos de examinar ahora el estado del desarrollo del psicoanálisis, refiriéndonos por un lado a sus aspectos integrativos, dentro de la neurobiología y la psicopedagogía por un lado y la psiquiatría por otro. Mostraremos a continuación que las hipótesis metapsicológicas no deben ser desatendidas, y por esta doble referencia, no elegiremos entre Freud terapeuta o filósofo, sino que trataremos de mostrar que Freud debe ser considerado a la vez como terapeuta y filósofo, y que

sus sucesores, aunque sean mas modestos, deben desarrollar los aspectos terapéuticos de la doctrina freudiana, sin dejar de estudiar al mismo tiempo sus aspectos metapsicológicos.

Para aclarar un aspecto del desarrollo de la obra freudiana, elegiremos el que fue popularizado en Francia bajo el nombre de psicoanálisis genético, y que corresponde a lo que generalmente se llama psicoanálisis estructural en los Estados Unidos, tal cual fue desarrollado por Hartmann y su escuela, en particular por Kris y Loewenstein. Anna Freud, a lo largo de su obra teórica, ha trabajado en este sentido, como puede verse en particular en su último libro, "Desarrollo normal y patológico del niño". Se trata en cierta forma de mostrar la génesis de la relación objetal en el niño, y mediante esto, de mostrar que el triple aspecto del psicoanálisis, el que depende de la reconstrucción Psicoanalítica en el transcurso del tratamiento de los adultos, el que depende de la reconstrucción que puede hacerse durante el tratamiento - psicoanalítico de los niños y el que depende de su observación directa por psicoanalistas, no contradice de manera alguna los datos más modernos sobre el conocimiento del desarrollo neurobiológico del niño.

Los documentos sobre este tema son innumerables y una de las obras más destacadas de la literatura psicoanalítica de la posguerra es la de Winnicott, que en una forma extremadamente sensible íntegra en la reconstrucción freudiana los datos más importantes del -psicoanálisis kleiniano. No queremos repetir aquí el desarrollo de la relación objetal, de la cual traté varias veces de dar los aspectos sistemáticos, pero quisiera tan sólo recordar que Freud nos ha indicado la mejor dirección, en algunas de sus obras. En 1911 redactó un artículo fundamental llamado "Los dos principios del funcionamiento mental". Es aquí en efecto que Freud habla de la unidad que existe entre el niño y los cuidados maternos, expresión a la cual Winnicott dará un sentido pleno, para recordar que no existe un lactante autónomo. Esta unidad obedece, según Freud, al principio del placer. El principio de la realidad es introducido como el de un menor displacer, cuando el niño debe separarse de los cuidados maternos y sólo puede hacerlo identificándose con una parte de las exigencias de la madre. Así, entre el narcisismo inicial y mortífero y los procesos secundarios, se organiza toda una evolución que llevará a la comprensión de la fase depresiva tal cual fue descrita por Melanie Klein, y que para Winnicott es un proceso que tiene un espesor de desarrollo en el tiempo.

Asimismo es, en la metapsicología publicada en 1915 que Freud mostrará que la función materna sólo adquiere su valor pleno en la medida en que el niño la catectiza y deja de ser un mero receptáculo de excitaciones extero y propioceptiva.s. Esta comprobación abrió las puertas a los estudios fundamentales de la escuela de Hartmann, a la de Spitz, y a ciertos estudios franceses, tales como los de S. Lebovici (Estudio de la relación objetal del niño), inscripta bajo el signo del aforismo según el cual la madre es investida antes de ser percibida, y los de Evelyne y Jean Kestemberg sobre los estudios genéticos en psicoanálisis.

Puede decirse que todo estudio serio en el campo clínico de la psico-patología del niño no puedo evitar tener en cuenta estos estudios genéticos. No sólo dieron paso al conocimiento de las consecuencias de las frustraciones de origen materno y de la patología carencial, tal cual fue ilustrada por John Bowlby en su obra sobre la carencia

de cuidados maternos, sino que también dieron paso al conocimiento de las variaciones del desarrollo del niño, conocimiento indispensable para quien quiere precisar su diagnóstico y abrir perspectivas de pronóstico que constituyan la médula del trabajo del psiquiatra de niños y de su equipo.

Es así como fueron los psiquiatras de niños, con formación psicoanalítica, quienes a través de múltiples experiencias, especialmente en los centros de orientación infantil, contribuyeron a introducir el psicoanálisis en el campo psiquiátrico, fuera del manejo específico de los tratamientos.

Se ha escrito que el desarrollo de la psiquiatría comunitaria constituye la tercera revolución psiquiátrica, luego de la de Pinol, que liberó a los locos de sus cadenas, y de la de Freud, que dio un sentido a la locura del hombre. Pero había que agregar aquí que, al menos en mi país, son los psicoanalistas quienes se pusieron a la cabeza de la cruzada en favor de la psiquiatría comunitaria. Esto supone en efecto el hacerse cargo de la familia, y el movimiento de psiquiatría familiar se ha inspirado ampliamente del conocimiento de las relaciones interpersonales que nos ha dado el psicoanálisis sobre la vida de familia. Fue igualmente el psicoanálisis quien dio un nuevo sentido a la vida institucional y a las relaciones que ahí se establecen y se organizan entre los que curan y sus pacientes. Muchos psicoanalistas consideran que las posibilidades de acción psicoterápica con enfermos psicóticos exigen un auxilio institucional que permita un doble foco de acción o una doble referencia. Un ejemplo de este tipo de institución es el de la Fundación Menninger en Topika, Estados Unidos. Pero debemos decir que el conjunto del movimiento en favor de la psiquiatría de sector, que tiene en Francia, en principio, fuerza de ley, y se basa en el "hacerse cargo", psiquiátricamente, de una población dada, fue profundizado en numerosos trabajos psicoanalíticos cuyos detalles no es necesario recordar aquí. Sin embargo, una obra reciente, **"El psicoanalista sin diván"**, indica en qué situación se sitúa este conjunto de trabajos (Racamier, P. C., 1970, Payot, París). Un diván frente a un sillón, es así como se circunscribe materialmente la situación en que el psicoanalista interviene como tal. Pero fuera de su sillón y sin diván, ¿qué puede hacer el psicoanalista, que no sea psicoanálisis?

El psicoanálisis conoce técnicas menos directas que la estricta técnica analítica. Un gran número de seres dan sin saberlo una de las respuestas más urgentes al problema planteado por la práctica del psicoanálisis sin diván: son los psicóticos. Se les ha descrito, clasificado, encasillado: se empieza sólo ahora a comprenderlos. La vieja psiquiatría, la de los jardines zoológicos, cede por fin ante nuevas perspectivas. La verdadera psiquiatría de hoy se preocupa menos de contener que de comprender, de exhibir que de tratar a los enfermos.

Si es verdad que se puede juzgar a una cultura por los cuidados que dispensa a los enfermos mentales, la nuestra tiene que recorrer todavía algún camino antes de alcanzar el nivel que cree ya poseer.

Pero esta regeneración de los cuidados a los enfermos mentales no podría basarse en el abandono de ayer, como tampoco en los engaños y las ilusiones mantenidas por la ignorancia de los enfermos y de los poderosos mecanismos inconscientes que operan en ellos y a su alrededor. Es por ello que el conocimiento psicoanalítico aparece hoy en día como cada vez más indispensable para la comprensión de los enfermos, de sus cuidados cotidianos y de las instituciones destinadas a tratarlos. Estas instituciones, al diversificarse, aprenden por fin a conocerse y a enfocar los verdaderos objetivos. Pero es aquí donde la mirada psicoanalítica permite evitar las soluciones abusivas superficiales, desesperadas,

ilusorias o absurdas, que el miedo y la ignorancia de la psicosis no han dejado nunca de suscitar.

Es en esta perspectiva que los psicoanalistas pueden responder al deseo de Freud, que era el de fecundar la práctica psicoanalítica. Evidentemente, para hacer esto, es necesario saber seguir siendo psicoanalista en la acción y en el pensamiento, pero reajustarse sin rebajarse.

Este es sin embargo uno de los reproches que fácilmente se hace en mi país a los psicoanalistas empeñados en la acción psiquiátrica, y la discusión es llevada en nombre de todo tipo de argumentos que ahora conviene considerar y evocar.

Algunos reprochan a los psicoanalistas que trabajan en servicios psiquiátricos, el que se preocupen por mejorar y curar a sus enfermos. Piensan que de esta forma no proceden más que a una neoadaptación que forzosamente desnaturaliza el trabajo psicoanalítico. Según ellos éstos no deben preocuparse por curar en el sentido habitual de la palabra.

Es verdad que hace mucho que se han abandonado los criterios adaptativos de la acción psicoanalítica. Hace muchos años, un coloquio de la sociedad Psicoanalítica de París trató de definir los criterios de curación y de fin del tratamiento psicoanalítico. No se piensa más que éstos consisten en una mejor adaptación con el ulano afectivo profesional y sexua¹. Se hablará más bien de una mejor organización del funcionamiento mental de menor tendencia a la regresión, pero también de capacidades para aceptar regresiones moderadas y para aprovecharlas, de canalizaciones de la agresividad que se íntegra al yo, etc.

Pero las críticas a que hacemos referencia son más radicales. Consideran completamente errónea la noción de curación en psicoanálisis. Piensan que esta curación no tiene otra finalidad que un mejor conocimiento, y que la mejoría viene a posteriori y por añadidura”.

De ahí a sostener la tendencia de la “anti-psiquiatría” tal cual es presentada por R. Laing en Gran Bretaña, no hay más que un paso. Se piensa entonces en los psicoanalistas que combaten las psicosis y trabajan en las instituciones, tratando de reducir los trastornos mentales, y de hacer entrar por la fuerza en el campo social tradicional a algunos sujetos que quedaban fuera de éste, debido a lo que se llamaba sus trastornos mentales. Se pide que los dejen tranquilos y que el psicoanalista se olvide totalmente de cualquier idea de mejorar la situación de estos pacientes, aun si es llevado a comenzar con ellos un tratamiento psicoanalítico. Estos autores se colocan junto a Michel Foucault, quien en su obra “La historia natural de la Locura desde el siglo XVII”, consideró que las enfermedades mentales no eran más que el producto de la ideología de los psiquiatras.

No creemos que sea necesario desarrollar argumentos en contra de estas perspectivas, que nos parecen totalmente irracionales. Es en todo caso difícil pensar que se pueda pedir a 1-os enfermos y a sus familias, que acepten la idea de una acción psicoanalítica que no pueda conducir, al menos en su proyecto, a una mejoría de lo que podría llamarse el rendimiento del enfermo.

Somos sin embargo sensibles a la idea de que el Psicoanálisis puede deformarse en estas perspectivas. Tenemos la impresión de que en su aplicación extensiva puede observarse, en cierta medida al menos, una verdadera distorsión del psicoanálisis. De hecho, ya lo hemos dicho, los datos de la psicología llamada dinámica están tan difundidos, que es muy corriente la aplicación de las psicoterapias psicoanalíticas hechas por psicoterapeutas que por otra parte no tienen formación psicoanalítica. Estas psicoterapias “de sector”, que tienden a una mejoría de ciertas funciones del yo, se alejan en realidad del psicoanálisis y amenazan con diluir realmente a la filosofía psicoanalítica en un pragmatismo mal razonado. Es decir que ahí donde el psicoanálisis ha alcanzado gran difusión hay que entender que la comunidad psicoanalítica debe unirse, y que muchos ataques provenientes de diversos países europeos contra los psicoanalistas norteamericanos deberían atenuarse, debido a que el psicoanálisis está menos enraizado en el continente norteamericano de lo que se cree generalmente.

Pero se supone que los puristas del psicoanálisis tienen otras ocasiones de revelar sus excesos. En Francia éstos se resumen actualmente en la aceptación de la doctrina de la psicoterapia institucional. Los partidarios de esta doctrina consideran que los psicoanalistas que trabajan en las instituciones o los dirigen deben mantener una actitud estrictamente analítica. Les estaría vedada toda participación en la actividad clínica y la actividad terapéutica tradicional. El psicoanalista no puede ni debe mirar en forma neutral a los enfermos y a la institución, de los cuales es en cierto modo el testigo y el revelador, según la teoría a que aludimos al comenzar este trabajo. Aquellos que defienden la teoría de la psicoterapia institucional consideran también que la institución equivale a un verdadero psicoanalista, y que el conjunto de los enfermos constituye el sujeto en tratamiento. De ahí el estudio de los fenómenos transferenciales y contra-transferenciales que mezclan asistidos y asistentes en una estricta igualdad. Ni qué decir que en esta asimilación apresurada se descuidan los caracteres reales de la vida institucional y la desigualdad fundamental e inevitable que existe entre los asistidos y los asistentes. Esto, por supuesto, no significa que los psicoanalistas no puedan contribuir, como vimos, a mejorar el cuidado institucional fuera de la acción más o menos específica que puedan realizar, dado que son capaces de conducir psicoterapias psicoanalíticas adaptadas al tipo de enfermo institucionalizado, y en las condiciones de la hospitalización.

En ciertos círculos psicoanalíticos se escucha otra queja contra los ensayos científicos de integración del psicoanálisis y de las ciencias del hombre. El cuestionamiento se plantea aquí esencialmente contra los estudios genéticos en psicoanálisis. Se trata de críticas radicales contra el estudio del desarrollo del niño. Lo esencial de estas críticas puede aclararse de la siguiente manera:

Al estudiar el desarrollo del niño se vuelve siempre al estudio narrativo de sus primeras experiencias con la madre; lo cual conduce a viciar el campo de referencias fundamental del psicoanálisis, que no es ni el de la biología, ni el de la psicología, sino específicamente el de las representaciones pulsionales y de su organización. Las perspectivas y las peripecias de lo que se ha llamado en Francia “el retorno a Freud”, insisten en que el tiempo “de los acontecimientos” y del desarrollo no puede interesar al psicoanalista, quien debe resueltamente enfrentar el tiempo intemporal del inconsciente. Por ejemplo, estos psicoanalistas, que critican las posiciones genéticas y que en Estados Unidos se llaman estructurales en psicoanálisis, consideran que éstas descuidan la importancia del orden edípico, que connota el destino del hombre.

Proclaman que no es importante saber si es la relación con la madre la que fundamenta el yo pero pretenden que el orden paterno es la ley del hombre. Se apoyan en los estudios modernos de la lingüística para pretender que “el inconsciente funciona como un lenguaje”. En esta perspectiva, el padre fundamenta la ley; no es otra cosa que el falo, que permite acceder a los símbolos y que refleja la falta fundamental de la madre.

Es inútil insistir en el hecho de que estas teorías que reflejan la moda estructuralista en filosofía, niegan directamente la historicidad en el Psicoanálisis. El estudio diacrónico se considera sin interés frente al estudio de la estructura y de la sincronía. El padre no es más un ser viviente, sino, como lo escriben estos autores, un “Significante”, puesto que retoman, de una manera un poco apresurada, la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure.

Creemos que el interés de esta tendencia reside en que nos recuerda la importancia de las organizaciones y de las estructuras. Es verdad que Freud ha vacilado y oscilado constantemente en la importancia respectiva que ha asignado al acontecimiento, al traumatismo, a la historicidad y a la organización de los conflictos internos y a las estructuras. Es a esta segunda tendencia que se refieren sus puntos de vista más pesimistas, que nacen con la descripción del instinto de muerte, y la del carácter fundamental del masoquismo humano, completamente proyectado sobre el super-yo. Igualmente, luego de numerosas vacilaciones, pudo escribir que la experiencia individual de cada uno no hace más que reproducir la historia de la especie; retomó así la hipótesis biológica de Haeckel, según la cual la ontogénesis reproduce a la filogénesis. Por fin, al término de su vida, afirmaba su escepticismo referente a las posibilidades de evolución psicológica frente a la roca biológica de la castración del hombre, ya que la mujer no acepta ser castrada y el hombre no acepta su pasividad (Análisis terminable e interminable, 1937).

Es un hecho que la lectura de Freud no podría detenerse en la descripción de los conflictos “de los acontecimientos”. Muy pronto, en la historia del psicoanálisis, Freud consideró que el campo específico de su teoría era el del estudio del bloqueo pulsional. Para él, el objeto de las pulsiones era lo contingente y lo esencial era la introducción de la economía pulsional en la comprensión del psiquismo humano.

Ese es el sentido de la tentativa metapsicológica. No cabe para nosotros la menor duda de que sea necesario recurrir a ella, aun si el mismo Freud se mostró a veces escéptico sobre las consideraciones teóricas que podía desarrollar, en lo referente sobre todo a las pulsiones. En todo caso no se podía aislar a los estudios genéticos en el psicoanálisis, tal como aparecen en las ediciones revisadas de los **“Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad”**, y hay que admitir que la teoría psicoanalítica no podía prescindir de los estadios sobre la bi-homosexualidad, la ambivalencia y la bipolaridad instintiva, y por fin que la tópica psicoanalítica, definida por las estructuras tripartitas de la psique, pertenece a la herencia psicoanalítica. Asimismo hay que reconocer con Freud que la estructura del Edipo marca el destino del hombre.

Pero creemos que la exposición de estas grandes tendencias, las que tienden a una mejor inserción del tratamiento psicoanalítico mediante la comprensión del desarrollo y de la psicopatología, y mediante una mejor integración de la acción del psicoanalista en la acción psiquiátrica, y por otra parte las que ponen en relieve la

importancia de la metapsicología freudiana, deben conducir a una actitud razonable y medida.

Lo mostraremos, por ejemplo, en lo que un psicoanalista puede pensar del papel del padre en el estado actual del desarrollo del psicoanálisis.

Si trabaja en un servicio de psiquiatría infantil, no puede dejar de sobrecogerse ante la importancia de la dimisión del padre en las estructuras familiares actuales. En sus trabajos de apreciación y en su trabajo terapéutico es llevado pues a evaluar el peso de la carencia paterna.

A través de esto da vida y sustancia a los diversos trabajos psicoanalíticos que nos llevan a pensar que vamos probablemente hacia la “sociedad sin padre”, tal cual la definió recientemente Mitscherlich. En esta sociedad, el padre no es más que un engranaje técnico y su hijo no lo conoce ya personalmente. De ahí, según Mitscherlich, la facilidad con que los adolescentes van a la rebelión. Gérard Mendel en su libro “**La rebelión contra el padre**”, y André Stéphane en “**El universo interpelante**”, se consagraron a argumentos del mismo tipo. En ambos casos, los autores muestran que la sociedad actual de los adolescentes se caracteriza por la evitación del padre y del Edipo, en favor de una sociedad fraternal que hace volver a dimensiones regresivas de identificación, tal cual fuera definida por Freud en su ensayo titulado “**Psicología de las masas y análisis del yo**”.

Y, sin embargo, el destino del hombre está subtendido por la metáfora de Edipo. Se sabe cuán fiel fue Freud al mito de **tótem y del tabú**. Consideraba, retomando los conceptos de Darwin, que el padre de la horda primitiva fue matado un día por sus hijos, que querían gozar de las mujeres que él les prohibía. Pero atormentados por la culpabilidad, revalorizaron el yo bajo la forma de] animal totémico a quien sacrificaban regularmente, y cuyas cualidades se incorporaban por medio de una introyección enriquecedora en el transcurso de la fiesta totémica. De esta fiesta totémica habría nacido la prohibición del incesto, fundamental en el destino del hombre. Esta estructura se vuelve a encontrar en efecto en el destino de cada uno de nosotros.

Pero conviene recordar aquí que ella se basa en el suelo biológico, o sea en la prematuridad del hombre recién nacido que depende totalmente de la madre, y que debe introducir un mediato paterno, para aceptar las frustraciones que le impone la madre y de las cuales hace responsable al padre. La necesidad del mediato paterno se puede comprender también debido a su largo desarrollo conocido desde Bolk con el nombre de “neotecnia”.

En estas condiciones se abren dos grandes perspectivas para el psicoanálisis y ambas deben ser seguidas. La primera es la de la terapéutica. Por su organización neurótica, cada hombre es llevado a revalorizar al padre que quiso matar, y que creyó matar debido a ‘la omnipotencia de su pensamiento infantil. Es ese el origen de la neurosis infantil, retomada luego en la neurosis del adulto. Pero para curarse de ella, y curarse por medio del psicoanálisis, cada hombre debe matar la imagen paterna, en el preciso y doloroso instante en que su padre amenaza morir realmente. Es éste, presentado en forma evidentemente esquemática, el sentido mismo de la cura psicoanalítica.

Al mismo tiempo cada psicoanalista puede concordar con Freud filósofo y descubridor, para decir que el destino del hombre medido en su neurosis individual, hace volver a la dimensión humana, o sea a la organización del hombre a partir de su

destino biológico. Desde este punto de vista, el mito del tótem y del tabú aun si se anoya en datos etnográficos que nos parecen cuestionables, representa una metáfora que nos define y a la cual el psicoanalista puede permanecer fiel. Habrá que ir más lejos aún y pensar con Freud que el mito revela a la historia y que como escribió en su **“Moisés y el monoteísmo”**, la historia del pueblo judío se repite en la neurosis de cada uno. Se trata ahí de una construcción teórica evidentemente discutible, pero que puede ser considerada como ejemplar, cuando el psicoanalista cree poder extraer, de las comprobaciones hechas sobre cada uno de sus pacientes, una construcción que se ensancha hacia las dimensiones de la historia del hombre. **(Construcciones en psicoanálisis 1937.)**

Por lo tanto creemos que las tentativas diacrónicas y sincrónicas, que el interés prestado a los hechos, a los acontecimientos a la estructura, deben inspirar la acción cotidiana del psicoanalista, quien, fiel al recuerdo de Freud, debe ser ante todo, terapeuta razonable y aprendiz de filósofo.

Traducido por **Ivonne Errea de Dominguez**